

# Crónicas de Timoleón

Por NICANOR VELASQUEZ ORTIZ

## LA ERMITA

La carretera se hunde en la ciudad como un chorro de agua en un estanque. Diríase que desde Armero las aguas del Lagunilla llegan a Mariquita por entre una canalería sombreada de matarratones que dejan caer sus florecillas rosadas al paso vertiginoso de los camiones y las berlinas.

La vieja ciudad colonial que fue ayer asiento de virreyes y de sabios, tiene un perdido olor a canelos de Ceylán y mira complacida la algarabía de su mercado de mameyes, badeas y masato. En su plaza principal se levanta una enorme ceiba con sus brazos abiertos hacia arriba, como una calentana que lleva en su cabeza el cántaro del sol.

Cualquier día de conquista, una compañía inglesa se plantó los zancos metálicos de sus torres y se hizo payaso para reírse socarronamente de los trazados triangulares en que se divide el plano de la baja ciudad.

Mariquita ofreció a mi sensibilidad el encanto de sus gloriosas ruinas. Sin conocerle, un hondo fervor subía de mi sangre hasta los ojos y las manos. Habíanme hablado de las leyendas de su Cristo. Su bondadoso Cristo. Su martirizado Cristo. Por qué no ir hasta la Ermita, a pedirle piedad para mis lágrimas y dulce paz para el atormentado corazón?

### La Ermita . . .

Todo es belleza allí, desde el alto sitio donde fue construída, hasta la sencillez simple de su arquitectura. Parece como si la ca-

pillita legendaria se hubiese hecho para la plegaria de un solo corazón, de una sola lágrima, de un solo sollozo. Tan diminuta y delicada, tan alegre y llena de luz y de armonía en la clara canción de sus campanas. Tan blanca, tan vaporosa y tan risueña. Si a toda hora está lista para la primera comunión, tal es su limpieza física. En el altozano, no más, ya se siente la nostalgia de otra vida, de una vida sin carne y sin pasiones. Ya las pisadas son más suaves, aladas, la materia más leve, transparente. La voz modula musicales congojas y hay un perfume a lágrimas de la Dolorosa.

Su saloncito o nave principal y única, de unos doce metros de ancho por veinticinco de largo, más o menos, lo recorrí en síntesis de sinceridad, de complacida entrega. Un barandal separa al visitante del altar. Detrás de éste se ofrece el Camarín cuyo vitral fue corrido para mirar en toda su belleza al Señor Crucificado. La tarde se moría en aquella gruta de encantamiento y fue necesario, con perdón del Padre Vicente Pérez, subir muy cerca al Mártir. Y es aquí, frente al misterio de la belleza misteriosa, donde el lenguaje calla, la inteligencia se oscurece y la emoción si apenas deja paso al suspiro entrecortado como la misma voz del alma que se aniquila entre su esencia.

### El Cristo . . .

El sagrado cuerpo se sostiene sobre la cruz en una infinita expresión de dolorosa muerte. Las bondadosas manos, —mariposas de amor contra el madero—, que empuñan las cabezas de los clavos, son dos candelabros cuyas llamas encienden los diez mandamientos de sus dedos. Maravilloso dón el del artista ignorado que talló en madera el incomparable cuerpo. Es acaso en este detalle de las manos donde el artista se superó para la gloria. Jesús, aún en el supremo trance de la muerte, así nos lo está gritando el alma, no podía apagar la luminosa fuente de sus manos. Más que sus milagrosos ojos, donde la mirada fue sol de dulzuras eternas, y nutricias y amorosas; más que su divino rostro cuyas líneas trazaron la inimitable perfección humana; más que el brillantísimo vellón de seda de su cabellera; más que el cristal de su purísima frente donde floreció la espina y el pensamiento fue hilo de luz pura; más que la nobleza de su barba en llamas; más que la adorada boca en manantial de amores y ternura; y más que el diamantino cauce de su pecho, nosotros juzgamos que toda su grandeza se manifestó en las manos, que por ellas habló el Verbo y se deslizó el amor, y la piedad fue unguento y venda y gracia en las heridas, y la fe se hizo luz y la bondad martirio y el martirio eternal goce.

Esta expresión de sus manos sobre el madero, —si entendiéramos de arte—, sería la realización de la belleza en cuanto la belleza es la suma gracia del espíritu. Mas el igncrado artista no se contentó aquí. Iluminado hombre aquél que talló en su obra, su ini-

mitable obra, la fiel constancia de que hay algo más allá de los hombres y las cosas!

Viene luego la admirable cabeza que se mustia sobre el vencido pecho, en un desgonce en que la vida falta.

### **Sus ojos....**

Sí, los ojos, los divinos ojos, sus dulces ojos, sus preciosísimos ojos que buscaron al Eterno Padre allá en los cielos, cuando en sudor de sangre oraba desde el Huerto, ahora muestran bajo el entornado párpado, la vidriosa mirada que ilumina las sombras. La luz se apaga en ellos. Se cierran lentamente para el mundo en el supremo descenso de la sangre. Ya no brillan. Ya no son alegres en medio a la mirada de sus apóstoles. Ya no miran a Juan el escogido. Ya no perdonan ni bendicen a la Magdalena, ni caen compasivos sobre Jerusalén. Y la verdosa ojera, apaga en las pupilas las opalinas luces del Calvario.

### **Su nariz....**

Sí, su nariz, translúcida, delgada, velo de carne amarillenta, ahora en EL y por gracia del artista, es la perdida línea en horizontes que separan a los vivos de los muertos. Es el límite entre el barro y el espíritu, entre el rumor del viento y los trigales, entre la noche y las campanas del alba. Es lo infinito!

### **Su boca....**

Sí, la boca, su divina boca. Una amarga expresión se cuaja en ella. Parece que la muerte ha desencajado la mandíbula y que las palabras golpean en los labios sin tener la dulzura del sonido: "En tus manos encomiendo mi espíritu". Allí el artista lo consulta todo: resignación, plegaria silenciosa, perdón, amor y queja y canto; piedad misericordiosa, amparo, fe, reseca fuente y doloroso instante. Ah, en su boca la muerte se hace vida, y el silencio lirio que perfuma.

### **Su cuerpo....**

Sí, su cuerpo.... Su sagrado cuerpo sin pecados, sin las miserias de la carne, sin el contacto con el barro, sin el aullido de las lenguas de fuego, sin impurezas y sin manchas, se doblega un tanto para afianzarse en los punzantes clavos de los pies, porque el descoyuntamiento que provoca la agonía, ha templado los brazos y son más dolorosas las desgarraduras de las manos. En tatuaje la espalda por el verdugo látigo, magullados los hombros por la pesada cruz de sus amores y en el costado el surtidor sangrante de su herida,

todo su cuerpo, su adorado cuerpo, tiene la fragancia de sus llagas, el martirio de la tumba, tiene en cárdenas monedas la incomprensión humana de Judas y Pilatos. Nada falta en su cuerpo. Todo el dolor está en su cuerpo, y, al mirarlo, sentimos que la sangre clama por celeste vida.

Visión inigualada ésta la del Señor Crucificado de la Ermita en Mariquita. Jamás el ánimo sintió más ansias de amar y padecer, que ante la doliente belleza nazarena que se venera, ama y reverencia en el rincón del sabio Mutis. Jamás la oración fue más honda ni más pura. Jamás el corazón tembló de amores, del amor inmortal que nos eleva, que allá junto a su cuerpo, palpando sus heridas y su angustia y su presencia. Jamás la carne fue más triste que cerca a las pupilas de su costado inagotable. Jamás los ojos le miraron tanto, en lánguida mirada de luceros, que en aquella tarde cuando en silencio el alma le decía: "Hágase tu voluntad acá en la tierra como en el cielo".



## EL MILAGRO

**Primer cuadro.** Un sol pendenciero y fízgón le quema la cara de oreja a oreja a la niña Graciela, como si fuera el barboquejo de su corrosca. La niña Graciela es una campesina de 38 años, pero así es llamada por todas las gentes del contorno. Es la única hija soltera que aún revolotea en la hacienda de don Victoriano. Don "Vitor" es el gamonal de aquella rinconada, y, por cierto, nadie se mueve sin su voluntad. Viejo bueno, trabajador y fuerte, cuando sale al pueblo, solamente visita al señor Cura y al alcalde. Conservador de ancho y velludo pecho, en su hacienda siempre se rezó el rosario y el día de la fiesta de la Virgen del Carmen, él iniciaba la romería hacia el pueblo, montado en un caballo padre, relinchador, inquieto y chúcaro. A su casa jamás llegó un "vagabundo", como él decía refiriéndose a los liberales. Y ninguna de sus hijas casó que no fuera con un conservador. Qué bodas aquellas; qué bailes; qué lechonas; qué baños y qué música de cuerda! Don Victoriano fue un hombre pulcro, sin papel sellado y sin testigos. Su palabra valía tanto como el oro. Cuando se tomaba sus tragos, que se los tomaba **largos** por allá cada año en los Sanjuanés, le echaba abajos al partido liberal, le metía "cumbreira" a su enemigo, y al verlo caer en forma de tijera sobre el empedrado, decía torciéndose el bigote:

—Ah.... rojos.... ah rojos.... p'a pararse mal.

**Segundo cuadro.** La niña Graciela ha casado con Cornelio. Su matrimonio fue a escondidas, contra la voluntad de don Víctor, porque Cornelio era el único mocetón que por aquellos lares le echaba vivas al partido liberal, usaba pañuelo rojo al cuello, no iba a mi-

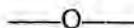
sa, no se confesaba, hablaba mal de los "padrecitos", bebía aguardiente sentado en los mostradores, y en todos los ventorros donde había fandango, entraba a bailar enzamarrado y con espuelas. Quién sabe qué tenía ese hombre, que la niña Graciela lo amó y se enredó a su vida como bejuco en palma, resuelta a soportarlo todo. Ahora, ya hay cuatro crías, están en la escuela pública y si es cierto que fueron bautizadas, Cornelio nunca se arrimó a la iglesia ni fue a cargar a sus muchachos.

—Qué vida esta comadrita, — le dice la niña Graciela a mi-siá Encarnación. Mire que mi papá no ha querido venir al rancho por no encontrarse con Cornelio. Y me ha dicho que me deshereda si ese hombre no se convierte. Qué hago, comadrita, con este demonio que no se confiesa ni va a misa ni reza el rosario? Vea, comadre Encarnación: ayúdeme a rezar para que este hombre se convierta. Rece, comadrita. Rece.

**Tercer cuadro.** Cuatro luces parpadean en la sala de la niña Graciela, lamiendo el cadáver de Cornelio que está metido entre un ataúd. Un montón de viejas, sentadas en las bancas, con sus pañolones negros, son tizones recostados contra la pared. Gentes campesinas acompañan a la niña Graciela. De cuando en cuando los sollozos son como bombas de succión que se chupan el aire y las mariposas que revolotean cerca de la lámpara de petróleo. En la "cuja" donde Cornelio cerró para siempre sus ojos vivos y grandes, mirando a su niña Graciela y a sus cuatro crías, están ésta y la comadre Encarnación. Conversan de los últimos momentos de Cornelio, de lo bueno que fue durante el matrimonio, de sus caprichos pasajeros, y del milagro de la Virgen del Carmen.

—Ay, sí, comadrita Encarnación. Gracias a nuestros rezos, Cornelio se convirtió. Figúrese que una hora antes de morir se llegó el Padre, y tan de buenas que se confesó....

**Cuarto cuadro.** El gato, enarcando el espinazo y rozándose contra la falda de la niña Graciela, es un arco de triunfo....



## LA NIÑA EUGRACIA

Cuando la bautizaron en la capillita de la hacienda, el sacerdote le dijo al oído:

—Picarona.... picarona.... vas a causar muchos dolores de cabeza.

Ahora, la niña Eugracia tiene 19 años y es una pelota de caucho sonrosado. Por sus poros se asoma la vida, como luciérnagas en la oscuridad de la noche. Su padre, rico hacendado, ha sido impotente para modelarla. En la ciudad capital estuvo en cuatro o cinco colegios de primera. De todas partes le pasaron la misma nota: la

niña Eugracia es indomable. Y aquí en la hacienda es un río desbordado. Desde el amanecer hasta la media noche, la niña Eugracia corre en el caballo padre hasta despaletarlo, ora abre las puertas de los corrales para que se salga el ganado que van a marcar, o pasa los becerros a la manga vecina para que se cuelguen de las ubres de las vacas, y a veces, dispara la Winchister sobre los marranos pequeños que van cayendo como guatines. Es el diablo suelto y D. Pedro, su padre, no tiene tranquilidad. Pero bien, todo estaba bien. El lo perdonaba todo, porque al fin y al cabo, la niña Eugracia era su hija, y su esposa, antes de morir, le hizo el ruego final:

—Pedro, no descuides a Eugracia. Acuérdate, que por ella nos casamos y por ella me diste tu apellido. Por ella soporté la vida a tu lado, y me resigné a tu mal genio. No descuides a Eugracia....

Lo único que no podía soportar don Pedro, era esa fea costumbre de la niña Eugracia de hacer corro por la noche con los peones, para decir cuentos y más cuentos hasta reventar de risa o quedarse silenciosos cuando ella salía con uno bien picante. Eso sí no lo toleraba don Pedro, y muchas veces le cruzó las espaldas con el perro. Sólo que al brotar de las lágrimas, ella enfurecida, le gritaba:

—Y qué saca con pegarme? Yo soy yo y usted es usted. De pronto me le largo....

Ante esta amenaza, don Pedro dejaba de castigarla, porque recordaba el ruego de su esposa: "No descuides a Eugracia".

Un día don Pedro llamó a su hija para reconvenirla:

—Mira, Eugracia: no debes desatender al doctor.... Es un hombre bueno, de fama en su profesión, acomodado, de nobles sentimientos y él me ha solicitado tu mano en matrimonio. Piensa, hija, en tu porvenir. De algo debe servirte tanto colegio que he pagado. No seas tan loca, medita. Y, por sobre todo, no busques la compañía de los peones ni la de Julián el mayordomo....

—Sí, sí, papá. Es un hombre bueno, un doctor, acomodado, de fama.... sí, sí, papá. (Y salía corriendo a hacer alguna diablura, dejando al pobre viejo con cara de asombro).

Julián, el mayordomo, hace "mochitos" en sus rodillas ya cansadas de dominar caballos, a una niña de seis años. Su casa está perdida en la rinconada de un valle lejano. El que fuera antes un fuerte mocetón en la hacienda de don Pedro, ahora comienza a descender, y tiene que desmontar a su hija para darle descanso a sus piernas temblorosas.

—No, papá más caballo.... upa, más caballo—, le dice la niña mirándole a sus manos.

De nuevo la chiquilla sigue al galope amoroso del cansado "mochito". Julián medita largamente. Recorre su pasado. Hombre ignorante, no entiende nada de la vida ni del amor. Vivió al amparo de su sangre y nada más. Rústicamente, instintivamente, sinceramente. Pero ya no se mueven los mochitos. Sus alpargatas son dos

ataúdes que esperan el cadáver de sus pies. La niña se impacienta, quiere más caballo... sí, más caballo. Upa, mocho, le dice a Julián, acariciándole la barba. Mas Julián se ha dormido, y repite en sueños, las palabras de la niña Eugracia, aquellas que le dijo la última noche que durmió con él para irse luego:

—Yo soy yo y usted es usted.... No descuide la niña....

---

## EL TINAJERO

Válgame, Santo Dios de los pijaos, que la tribu está en ascuas de desolladura, si no apagase tan encendido sol de agosto!

Benditas ánimas de calarcaes y natagaimas, panches y ambalemas, ortegas y coyaimas:

Por si estáis en soltura, os invitó a vuestros cerros de Pacandé, Los Avichuchos, La Picota, Cara de Perro, Monte Azul, Cerro Gordo y Pan de Azúcar, para que lloréis lágrimas largas, como collares de colmillos, mirando aqúeste rey de llamas rodar por sus laderas empobreciendo pajonales, achicharrando sembradíos y aridiciendo llano, mi llano el del Tolima.

Porque adviértoos, benditas ánimas, que los ríos —los vuestros ríos—, también sufren de secadías y son cual perros en vigilia, trozadas las cinturas de sus remansos.

Pensar que mi tierra, por este mes de agosto, es horno de fauces reverberantes, da sudor en los ijares y rueda hasta los cascos, oh! mi Santo Dios de los pijaos....

Sin embargo, hélo aquí el "tinajero" en forma de milagro, gracias a la Suma Bondad: a horcajadas en trípode invencible de cumulá, diomate o guayacán, hállase la ventruda olla que cocieron manos escuálidas y pacientes para darle finura al barro de La Chamba y a ése de las riberas en las quebradas de Doyare y Chiquinime. Ocupa sitio preferido en amplios corredores que resguardan bejuqueras de buganvillas y siemprevivas, o escóndese en el rincón de la salita a más no haber, y acaso contra el estantillado de cocina desvahída. Cuélgale de puntillón mohoso, jarrón de lata con bordes fileteados de peligrosas puntas, como si a los encajes de las naguasblancas de las doncellas, hubiéseles nacido uñas de león.

Por mejor cocida que fuese, la olla está resumando gotas frescas y limpias que caen de su asiento a plato de lata o vasija de totumo. Que a falta de recipiente, el perro échase de barriga y patas hacia atrás para gozar del humedecido suelo.

Las gentes lléganse hasta él, seguras de su complacencia y dádiva ejemplares, porque bien puede decirse que tórnase por todas las casas de mi pueblo, en idéntico oasis como aquel de los viajeros que van por entre arenales.

Y es de verse el descolgar ininterrumpido del jarrón de lata con

uñas de león, y es también de observarse, cómo las sedientas bocas alárganse en unción eucarística para gozar del dulzor del agua que allá en el fondo de la "tinaja" ofrécese, como la Madre de Dios, en refugio de perseguidos y desamparados.

Oh!... los tinajeros de mi tierra!



## VIENTO COMETERO

Qué don maravilloso anima esta deidad del viento? Qué fuerza extraña y qué sustancia lo alimenta? Qué cara es la suya que nadie le conoce ni guarda su silueta? Quién le dio tan frágil nombre y desde cuándo? En qué sitio del mundo se hizo niño para acariciar los labios de las flores, robar el perfume a las doncellas, peinar con suavidad los vellones de plata de las abuelas, y dónde cobró cuerpo de adultería para levantar las faldas a las mozas, echar horizontes en los ojos de los pájaros, despétalar rosales, enfurecer las aguas y desarraigar selvas?

Por qué está en todas partes dialogando en su leguaje alado, dando vida a las cosas y otorgando la muerte? Por qué tiene ese cuerpo leve de suspiro y quién es y puede ser este Rey encantado de la naturaleza que todos sentimos sin que nadie le palpe, ni podamos vengarnos cuando nos lleva a tierra?

Le habéis visto destrenzando palmares, oreando ropas domingueras, encapotando mares, aventando semillas o desplumando cóndores?

Acaso sí y acaso nó. Pero ahora, por este mes de agosto contempladle:

Tiene cara de rapaz y lloriquea en los ventanales. También golpea en los anchos portalones de las casas y fisgonea en el rancherío pajizo y a hurtadillas convida a los niños a jugar. Es sinvergüenzón y bueno para hacerse querer de los chiquillos. Los llama con voz dulce de flautas como untadas de miel, y los va llevando con engaños y piruetas a altos y montículos descampados. El mismo les entrega las cometas de diversos colores y tamaños para elevarlas. Véis aquella que se balancea aguerrida con una navajuela en el rabo, agresiva y pendenciera? Es un "pandero" que taja puntas de estrellas para regalarle a los cocuyos o hacer fogatas en los ojos de las novias. Y esa otra es un "octágono" con cara de burgués rechoncho, y aquélla un "chulo" que se cabecea altanera porque le falta cuerda. Y esa de más allá es una "estrella" que fue a jugar con los luceros entre el orgullo de sus rumbadores.

El viento de agosto entretiene a los niños y les divierte como si fuese un taita señorón, buenote y amigazo. Es que él es viento cometero!!!

Y la mía, mi cometa en forma de "farol" para soltarla con en-

comienda de encantamiento, en dónde está? Quedó prendida en los cielos de Ambalema, sudorosa de rocíos y con caminitos de alba, porque los ángeles, muchachos envidiosos, robáronmela desde entonces, dejándome en las manos el pedazo de **piola** de las decepciones.

Agosto, viento cometero:

Qué importa que ya no eleves mi cometa, si estás en los alticos con los niños, jugando a la ilusión?

(Especial para "Universidad Pontificia Bolivariana")

